

## Ciudades sitiadas: La población como rehén de guerra

Zaragoza, febrero de 2009

*Israel: Rehén de su propio poderío militar*

Gila Svirsky

Me gustaría empezar relatando una historia que ocurrió hace unos 20 años en Jerusalén. Estaba en casa de unos amigos que me habían invitado a cenar, a mí y a otras personas a las que yo no conocía. La comida estaba rica, el vino era bueno y la conversación, entretenida. Me volví hacia la mujer que estaba sentada a mi lado y le pregunté:

—Rita, ¿De dónde vienes?

—De Ramallah— me contestó.

—No, me refiero a antes de que vivieras en Ramallah, ¿de dónde eres?— Me pregunté cómo era posible que aquella mujer tan culta y tan hermosa fuera de Ramallah.

—Soy palestina— dijo.

—Eso es imposible— le dije sin pensarlo —si fueras palestina, no estarías aquí hablando conmigo. Los palestinos quieren acabar con Israel<sup>1</sup>.

—Bueno, la verdad es que la Comisión Nacional Palestina (*Palestinian National Council*) reconoce oficialmente al Estado de Israel y aboga por la solución de los dos Estados, por la coexistencia de Israel y Palestina— No podía creerme lo que estaba oyendo.

—Eso no es verdad— le dije —si lo fuera, se lo habría oído contar a los medios de comunicación israelíes.

—¡Ah! Pero vuestros noticiarios están censurados— me dijo Rita —en Israel hay una censura muy estricta.

Sus palabras me conmocionaron. Yo no sabía nada de nuestra censura. Deje a Rita y, esa misma noche, emprendí mi verdadera instrucción en el conflicto palestino-israelí. Me di cuenta de que había un montón de cosas que yo no sabía.

En esta historia, hay dos cosas de las que me gustaría que se percatasen: En primer lugar, yo ya tenía 42 años la primera vez que traté a una persona palestina y mantuve con ella una conversación de verdad. Claro que había hablado con palestinos antes: señoras de la limpieza, jardineros, dependientes... que trabajaban en la zona palestina de Jerusalén. Pero nunca, hasta aquella noche, había hablado con un palestino igual que yo, que tuviera una educación superior, que hubiese viajado, que leyese los mismos libros... Y eso es así porque, aunque Israel domina la vida de los palestinos a través de la ocupación, hay una segregación total entre nosotros. No vamos a los mismos colegios, no nos tratamos en el trabajo, no comemos en los mismos restaurantes y tampoco acudimos a las mismas cenas de amigos. De hecho, ahora que han pasado veinte años desde aquello, la segregación es incluso peor: Hoy por hoy, a mí no se me permitiría entrar en Ramallah, y a Rita no se le permitiría entrar en Jerusalén. Esta separación juega un papel muy importante en los estereotipos que tenemos los unos acerca de los otros, en los miedos y prejuicios, en mi convencimiento racista de que una mujer hermosa y educada no pudiera ser palestina. Mientras leía la historia de Zaragoza,

---

<sup>1</sup> En inglés original *push Israel into the sea* o “tirar Israel al mar”. Hoy por hoy, se trata de una frase metafórica de uso común en la zona, pero que está relacionada con un hecho histórico: en 1948, los habitantes de Jaffa fueron literalmente “empujados al mar”, se les obligó a abandonar la ciudad en sus botes pesqueros.

antes de venir, me enteré de que Uds. vivieron la segregación durante la Edad Media y de cómo esa segregación fomentó la intolerancia.

Lo segundo a destacar es la censura. Cuando conocí a Rita, los servicios informativos de la radio habían recibido órdenes del Gobierno de no mencionar nunca el nombre de la OLP (la Organización para la Liberación de Palestina) o de su dirigente, Yasser Arafat, pues se les consideraba unos terroristas, y a los terroristas no hay que darles publicidad. Así que, cuando el Consejo Nacional Palestino votó proclamar el Estado (palestino), rechazar el terrorismo y reconocer implícitamente el derecho de Israel a existir, no nos contaron nada a los ciudadanos israelíes.

Pero algunas cosas han cambiado desde la que fuera de verdad mi primera cena con una persona palestina. Cosas que tienen que ver conmigo y cosas que tienen que ver con el Estado de Israel.

Permítanme que les hable de los cambios en Israel.

La fundación de Israel en 1948 se produjo como resultado de siglos de antisemitismo, principalmente en Europa. Palestina se veía como el refugio, el cobijo, el lugar al que podían dirigirse los judíos cuando se les perseguía por serlo. El Holocausto aceleró aquel proceso, y el Estado de Israel se fundó para proporcionarles un buen puerto a los judíos que huían del antisemitismo. Una de las promesas que los fundadores se hicieron a sí mismos y al mundo reza que Israel “se basará en la libertad, la justicia y la paz, tal como lo anunciaron los profetas de Israel”. Estas son las palabras de nuestra Declaración de Independencia. De hecho, aquellos de Uds. que sean tan mayores como para recordar el nacimiento de Israel en 1948 quizá recuerden también que, en aquellos años, las izquierdas de todo el mundo estaban entusiasmadas con Israel, porque se trataba de un estado creado por una minoría perseguida que prometía hacer realidad la hermosa idea de formar una sociedad justa y democrática en Oriente Medio, la primera en la región.

Lo que todo el mundo pareció olvidar entonces, incluso la gente de izquierdas, era que Israel se establecía en una región en la que ya vivían otras personas, que no eran judíos, y que la tan celebrada victoria de Israel se conseguía a costa de la derrota y el exilio de los árabes que ya estaban allí. Sin embargo, los Estados árabes circundantes no lo olvidaron y el conflicto entre judíos y árabes —un conflicto que se venía fraguando desde que los primeros judíos europeos empezaron a inmigrar a la región a finales del siglo XIX— estalló y se convirtió en una guerra abierta.

Y así, Israel, que se había comprometido consigo mismo y con el mundo a ser la cuna de la democracia en Oriente Medio, empezó a formar guerreros y a armarse, al principio, importando las armas de otros países y luego fabricándolas. Los líderes políticos de Israel comenzaron a elaborar una nueva narración que reemplazase la de la persecución y victimización. La nueva narrativa versaba acerca de la fuerza, la defensa propia, el dejar de ser víctima. La frase ¡Nunca jamás! —que alude al Holocausto— se convirtió en el eslogan del nuevo Israel: un pueblo que no se permitirá volver a ser víctima “nunca jamás”. La convicción de Israel de que el poderío militar tiene mucha importancia no se vio sino reforzada por la hostilidad de los países árabes aledaños y por el miedo a que Israel fuera borrado del mapa a la primera guerra que perdiese. Así que la decisión de Israel de hacerse invencible —imbatible— se enraíza en la realidad objetiva, pero también en miedos históricos.

No voy a historiarles las guerras de Israel, pero permítanme que simplemente las enumere para que se hagan una idea de cuanto guerrear ha habido en los 60 años que tiene la breve existencia de Israel:

← En 1956, la campaña de Suez contra Egipto;

← Doce años después, la Guerra de los Seis Días contra Egipto, Jordania y Siria;

- ← Seis años después, la Guerra de Yom Kippur contra Egipto y Siria;
- ← Nueve años después, la primera Guerra del Líbano, que duró 17 años;
- ← Hubo dos *intifadas* –levantamientos– mientras los palestinos luchaban por librarse de la ocupación. Cada *intifada* duró varios años.
- ← En el período entre las dos *intifadas*, Iraq lanzó misiles contra Israel durante la primera Guerra del Golfo, aunque (gracias al cielo) Israel no devolvió el fuego.
- ← Hace apenas dos años y medio, Israel entabló la Segunda Guerra del Líbano;
- ← Y por último –aunque quizá no sea por último– Israel ha llevado a cabo un demolidor ataque sobre Gaza en respuesta a los cohetes que Hamas había lanzado.

Es mucho guerrear en tan poco tiempo. Yo cuento nueve guerras u “operaciones” militares, como suelen llamarlas los generales –como si se tratase de operaciones para curarnos– durante los últimos 60 años.

Hay algo que no está nada bien en una historia de esta índole, incluso sin entrar a analizar cuestiones como “¿Quién empezó?”, “¿Estaban justificadas esas guerras?”, “¿Eran en defensa propia o no?”. Cualesquiera que sean las respuestas a esas preguntas, es evidente que Israel está enzarzado en una guerra continua y se ocupa más de afinar su técnica militar que de reforzar su compromiso en pos de una sociedad justa y democrática. Con independencia de si esas guerras son voluntarias o impuestas, defensivas u ofensivas, Israel se ha convertido en una sociedad guerrera y muy militarizada.

Quizá puedan imaginarse cuáles son algunos de los efectos de esa actitud:

- Los hombres jóvenes sueñan con ser pilotos de cazas, pero no médicos;
- A las mujeres jóvenes se les anima a que tengan muchos hijos para que alimenten la “guerra demográfica” —la competición por lograr que haya más niños israelíes que palestinos;
- Hay un incremento de la violencia doméstica, ya que los hombres trasladan su proceder agresivo del campo de batalla al hogar;
- Se desata el racismo hacia los ciudadanos árabes de Israel —que suponen el 20% de nuestra población— porque ahora los judíos israelíes consideran enemigos a **todos** los árabes.

Y más caro que nos va a costar seguir en guerra. Hacer la guerra continuamente agrava la pobreza, ya que Israel dedica pingües recursos a las armas, a mantener la ocupación y a construir los asentamientos ilegales (colonias) a costa de los programas sociales en el propio Israel —vivienda, educación, sanidad, atención a las personas mayores y otras necesidades. Todas esas cuestiones sociales, que tanta importancia tienen, quedan arrinconadas cuando una sociedad está en guerra.

Este continuo conflicto pone de manifiesto también la desigualdad entre los hombres y las mujeres. En una sociedad que está en guerra —en la que suelen ser los hombres los que arriesgan su vida y toman las decisiones militares y políticas— son los hombres y sus puntos de vista lo que se valora y lo que se antepone a las mujeres y a nuestros puntos de vista. Eso entraña una desigualdad para las mujeres que nos deja en desventaja a la hora de competir por un trabajo, un cargo político o una posición social. Un hombre que haya sido oficial en el Ejército o que haya servido en un puesto de combate tiene preferencia sobre una mujer a la hora de solicitar un puesto de trabajo. Y no nos olvidemos de todos los generales que han saltado directamente del Ejército a los altos cargos electos de la Administración, incluido el de primer ministro en varios casos: Yitzhak Rabin, Arik Sharon y Ehud Barak, por ejemplo, fueron todos generales.

Aunque la meta inicial de Israel era convertirse en la ‘Atenas’ de Oriente Medio, en vez de eso, nos hemos convertido en la ‘Esparta’ —vivimos con las armas en la

mano, honramos a nuestros héroes y reprimimos la compasión hacia quienes sufren, algo que por ser humano también sentimos nosotros.

La reciente guerra de Gaza es un horrible ejemplo de lo anterior: 1.300 palestinos muertos, de los cuales 400 eran niños; más de 5.000 heridos; más de 100.000 personas sin un techo bajo el que cobijarse. Los israelíes alegan que esa devastación es en defensa propia, para terminar con los cohetes que se lanzan desde Gaza hacia Israel. Pero, ¿qué hay de los civiles muertos? ¿de los niños? ¿Dónde queda la compasión? ¿Dónde queda la adhesión al derecho humanitario internacional, especialmente a la Cuarta Convención de Ginebra que protege a los civiles en tiempos de guerra?

El día en el que en Israel se conoció la noticia de que un tribunal español iba a abrir una causa contra siete israelíes implicados en el asesinato, en 2002, de Shehade, un militante de Hamas, los políticos israelíes se indignaron; nuestro Ministro de Defensa, Ehud Barak, dijo: “Llamar ‘crimen contra la humanidad’ al asesinato de un terrorista es vivir en el mundo del revés”. Barak no mencionó que otras 14 personas inocentes, de las cuales la mitad eran niños, habían muerto al mismo tiempo, tampoco que otras 50 personas inocentes habían resultado heridas por la bomba. El responsable del Ejército del Aire, que ordenó el asesinato, dijo “no sentir nada” cuando tira ese tipo de bombas. A ningún oficial israelí le oí decir que quizá había sido un error lanzar una bomba de una tonelada sobre un edificio de apartamentos para ejecutar a un solo hombre.

Durante la reciente Guerra de Gaza, no he oído en Israel a nadie, excepto a los grupos pro derechos humanos y pro paz, que denunciase el asesinato indiscriminado de civiles, el bombardeo de colegios, la brutalidad de las bombas de fósforo. Han pasado dos años desde la Guerra del Líbano y aún no se ha condenado de manera generalizada el hecho de que Israel utilizase bombas de racimo o minas antipersonal. Si bien comprendo que los sentidos de cualquiera se emboten durante una guerra, ya ha pasado tiempo suficiente como para que los israelíes hubieran averiguado la crueldad que comporta el uso de esas armas y las rechazasen. Pero no oigo nada de eso.

La brutalidad que ejerce Israel sobre los palestinos que viven la ocupación tampoco se discute: los muertos y heridos, la tortura y sus traumas físicos y emocionales, las casas derruidas, los olivos arrancados, la tierra arrebatada, las restricciones para ir de un lado a otro, las familias separadas de sus colegios y hospitales, de sus seres queridos, y encima un cerco cruel que les impide a los habitantes de Gaza llevar una vida normal. Todo eso deja fríos a la mayor parte de mis conciudadanos israelíes.

Los medios de comunicación en Israel no contribuyen precisamente a que templemos nuestro corazón y abramos nuestra mente. Durante la Guerra de Gaza, apenas podían encontrarse, en dichos medios, noticias sobre el daño que se hacía a los palestinos o críticas a la forma en la que Israel estaba combatiendo. De hecho, el Gobierno impidió a todos los periodistas que entrasen en Gaza para ver qué era lo que allí estaba pasando. Esa censura se impuso tanto a los medios nacionales como a los extranjeros, pero la crítica a la censura la hicieron sobre todo los periodistas extranjeros. En tiempos de paz, se **pueden** hallar puntos de vista discrepantes en los medios, pero no en tiempos de guerra.

Las protestas en Israel también se prohibieron durante la Guerra de Gaza, y eso es algo casi nuevo en Israel. Cientos de israelíes han ido a la cárcel por participar en manifestaciones contra la guerra. Muchos de ellos son israelíes árabes que llevaban la bandera de Palestina, pero otros no. Muchos son israelíes judíos que se habían apostado en las esquinas de las calles con carteles pacifistas en los que se leía: “Alto el fuego ¡ya!” o “¡Dejemos de matar!”. Cuando Israel no está en guerra, se tolera el

disentimiento. Estando en guerra —y eso, no lo olvidemos, es frecuente en Israel— disentir se considera subversivo, desleal.

Sé que estoy haciendo un retrato horrible de mi país. Pero Israel, que una vez fue la nación pequeña y culta que se afanaba en vivir a tono con el sueño que tenía de una sociedad justa, se ha convertido en rehén de su propio miedo y de su propio poderío. Nosotros, que una vez fuimos sitiados, no encontramos otro modo de protegernos que sitiando a otros. Ya no somos una débil víctima, ahora somos el matón del barrio. Israel tiene el ejército más potente de Oriente Medio; estamos entre los principales exportadores mundiales de armas, sobre todo, a milicias y juntas que no pueden comprar armas de forma pública; los israelíes entrenan a fuerzas armadas de todo el mundo, aunque no siempre tengan una buena reputación. Israel es uno de los pocos países, nueve en total, que tiene armas nucleares, y el Gobierno tiene una planta secreta de armamento químico y biológico. ¿Acaso es éste el país con el que soñaron los padres y madres fundadores, las víctimas del Holocausto que querían demostrarle al mundo que Israel podía ser, no solo un refugio para las víctimas, sino también una perla de la justicia y la democracia en Oriente Medio?

Nos hemos alejado mucho de nuestras raíces y de nuestros sueños.

Pero aquí no termina la historia. No termina porque hay mucha gente en Israel que está muy preocupada por estas cosas. Yo pertenezco a un movimiento de israelíes que quiere cambiar esas tendencias antidemocráticas, que trabaja por que haya justicia para todos los ciudadanos de Israel, sin importar que sean judíos o árabes.

No somos un grupo grande, pero sí diverso, ruidoso y —si me lo permiten— valiente. Hay grupos cuyos nombres quizá les suenen —*Gush Shalom*, *Yesh Gvul* y *Rabbis for Human Rights*— y que trabajan para que se acabe la ocupación y para forjar una cultura de paz. Entre las organizaciones de derechos humanos, he de mencionar a *B'Tselem*, una organización que busca velar por los derechos humanos de los palestinos en los Territorios Ocupados; la *Association for Civil Rights in Israel* (Asociación pro Derechos Civiles en Israel) y *Physicians for Human Rights* (Médicos pro Derechos Humanos).

Estos son sólo algunos de los grupos israelíes que trabajan por la paz. No hay tiempo para hablar de todos, pero me gustaría decir algo sobre el movimiento de las mujeres por la paz en Israel, que ha estado a la cabeza del proceso para lograr la pacificación. En 1988 un grupo de mujeres de Israel fundó un movimiento que ahora se conoce como *Women in Black* (Mujeres de Negro). Vestidas de negro en señal de luto por las víctimas de uno y otro lado, *Women in Black* lleva 21 años celebrando cada viernes una vigilia de una hora durante la que las mujeres enseñan carteles en los que se pide el fin de la ocupación israelí. Ahora, las vigilias de *Women in Black* se celebran en muchos países, algunas por otras guerras y ocupaciones militares. En España hay un movimiento de *Women in Black* fuerte y espléndido, que hace dos años organizó en Valencia nuestra conferencia internacional.

En Israel, el movimiento de mujeres por la paz incluye *Bat Shalom*, que promueve el diálogo político con mujeres palestinas. Está además *New Profile*, una organización de mujeres que apoyan a los jóvenes, chicos y chicas, de 18 años que se niegan a hacer el servicio militar y son enviados a la cárcel. También *Machsom Watch*, un grupo de mujeres que se apostan en los controles militares a las seis de la mañana para asegurarse de que a los palestinos se les permite pasar a Israel, a pesar de las severas restricciones. Estos grupos y otros más, que forman la *Coalition of Women for Peace* (Coalición de Mujeres por la Paz), se han unido en el empeño de poner fin al derramamiento de sangre.

Las organizaciones de mujeres del movimiento por la paz se implican en diversas actividades. Ayudamos a las familias palestinas en la recogida de la oliva y les proporcionamos material escolar para los niños. Organizamos “visitas guiadas” a los Territorios Ocupados para que los israelíes puedan ver qué es lo que de verdad está pasando. Llevamos a cabo campañas de educación para el público. Preparamos acciones directas al estilo Gandhi —una vez “pusimos cerco” al Ministerio de Defensa israelí, en un intento por hacerles comprender la crueldad de esa táctica. Por supuesto, nuestro sitio no duró tanto como el que ahora estrangula Gaza. Con nuestros cuerpos, hemos impedido el paso de *bulldozers*, nos hemos encadenado a olivos y hemos confrontado a los soldados para intentar impedir la destrucción de hogares palestinos. Muchos de nuestros esfuerzos conjuntos los hemos hecho con mujeres palestinas. Algunas de nuestras acciones han acabado en arrestos y lesiones. Si la paz pudiera lograrse sólo mediante el esfuerzo, el movimiento de mujeres por la paz la habría conseguido hace ya mucho tiempo.

Permítanme que mencione también otro aspecto del movimiento de mujeres por la paz: Abogamos por que las mujeres también participen, como iguales, en las negociaciones de paz apoyando sin reservas la *Resolución 1325 del Consejo de Seguridad de la ONU*. Las mujeres deben participar en las negociaciones simplemente porque es justo y cabal, y porque cualquier tipo de acuerdo ha de reflejar las necesidades de **todos** aquellos a los que afecta, no solo de los hombres. De ahí que las aportaciones de las mujeres sean cruciales. También señalamos que es mucho más probable que las mujeres propongan un acuerdo de paz decente, uno que se considere que establece las condiciones para que ambas partes salgan ganando. De hecho, va en contra de la lógica designar como negociadores a los militares, a generales a los que se ha entrenado para medir su éxito en función de la rendición incondicional del otro. Creo que cualquier madre tendría más experiencia en el arte de resolver un conflicto de forma amistosa.

La verdadera grandeza del movimiento israelí por la paz no reside en el valor para desafiar a las autoridades, sino en que mantiene viva una visión que va más allá del final del conflicto. No se trata solo de que Israel rompa el círculo vicioso de la violencia, sino de que se adentre en un cambio de prioridades, de esas prioridades tan fuertemente arraigadas. Eso significa, además de poner fin a la ocupación israelí, celebrar el nacimiento del Estado palestino, codo a codo con Israel. Significa no solo acabar con la beligerancia, sino forjar un futuro común en el que cooperemos con nuestros vecinos árabes. Significa oponerse al militarismo que permea Israel y Palestina; significa hacer que las mujeres, de ambas naciones, participen en las negociaciones en pie de igualdad; significa forjar una sociedad a la que le importen más la educación, la sanidad, el arte y los pobres que la conservación de un arsenal mortífero. Significa hacer un mundo en el que compartamos nuestros recursos, en vez de pelearnos por ellos.

Quienes militamos en el movimiento por la paz exigimos que se ponga fin a la ocupación y a la incesante violencia que comporta, parte de la cual somos nosotros quienes la perpetrar, parte de la cual se nos inflige. Sabemos que Israel puede recuperar su visión original, aquella de un país “basado en la libertad, la justicia y la paz, tal como lo imaginaron los profetas de Israel”. Israelíes y palestinos han desfilado juntos bajo el lema: “Nos negamos a ser enemigos”. De hecho, los movimientos de paz israelí y palestino ya han hecho las paces: por escrito, en nuestros corazones, en lo que les enseñamos a nuestros hijos y en los modelos de proceder que seguimos. Somos aliados por la paz, estamos unidos en nuestra lucha contra los extremistas y los cizañeros combativos de ambos lados.

Israel ha sido un oponente temible a lo largo de sus 60 años de historia. Hemos ganado muchas batallas, pero aún no hemos alcanzado la victoria, la victoria de la paz con nuestros enemigos. Esa victoria sólo se alcanzará cuando Israel deje de afilar las armas, deje de educar a sus hijos para que sean guerreros y se dedique a forjar los principios de una paz viable, una paz que les permita a ambas partes vivir y prosperar. Para lograrlo, viene bien que Barak Obama esté en la Casa Blanca, pero es mucho más importante que haya un primer ministro israelí —y un primer ministro palestino— que esté cansado de la guerra, inspirado por la paz y deseoso de decirles la verdad a las dos naciones: que la paz solo llegará a través del diálogo y de las concesiones —de ambas partes.

Ponerle fin a la guerra en Oriente Medio quizá contribuya a terminar con la rivalidad entre Oriente y Occidente. No sé si la paz en nuestro pequeño rincón del mundo puede tener tanta repercusión, aunque quizá aporte algo. Lo que sí sé es que ponerle fin a la ocupación y hacer las paces en Oriente Medio supondrá no solo la liberación de Palestina... también la de Israel, nos liberará para que podamos encauzar nuestra energía creativa hacia proyectos más constructivos, proyectos que mantengan mejor la vida. Imagínense lo que eso supondría.

Ya es hora de acabar con la costumbre de la guerra en Israel, en Palestina, en Iraq, en Afganistán, en Sudan, en el Congo —dondequiera que la guerra se use como estrategia para resolver un conflicto. La guerra es destrucción: en verdad destruye a quien la hace igual que a quien la sufre. Ya no podemos permitirnos el lujo de dejar que nuestros instintos más bajos dicten nuestro comportamiento. Ha llegado la hora de pulir los aperos de la paz: dialogar, cooperar, compartir. Nuestro planeta es demasiado frágil, nuestras vidas demasiado breves. Depongamos las armas y celebremos la vida. Seguirá habiendo grandes retos para los fuertes y los valientes. Pero al resto no nos dejarán de lado, y en los cementerios habrá menos tumbas de niños y de padres que no pudieron protegerlos.

Como ha dicho el gran fotógrafo y periodista Gervasio Sánchez: “La guerra funde nuestras mentes y nos roba los sueños”. Hagamos la paz.

---

Gila Svirsky es una veterana activista por la paz y los derechos humanos que en la actualidad preside *B'Tselem*, el Centro Israelí de Información para los Derechos Humanos en los Territorios Ocupados. Fue cofundadora de la *Coalition of Women for Peace* (Coalición de Mujeres por la Paz) y sigue siendo miembro de *Women in Black* (Mujeres de Negro), dos de las organizaciones pro paz más importantes de Israel.